

la inducían á desear morirle también ella. Pero por fúnebres que fueran sus ideas, jamás la llevaron á pensar en el hogar paterno ni en la posibilidad de volver á él; no existía el hogar y no tenía padre...

El capitán no se acostó pronto; al contrario, estuvo paseándose por la tienda y por la trastienda más de una hora. Luego, como si aquel ejercicio le hubiera calmado, se sentó y, grave y pensativo, se puso á leer en su libro de rezos las oraciones que se acostumbra en el mar. No era esto para el capitán empresa fácil; primeramente porque, como lector, no pasaba de mediano, y después porque le molestaban, más que le favorecían, las gafas. En estas condiciones tenía que pararse con frecuencia ante palabras que le resultaban difíciles; entonces se animaba á sí mismo, diciéndose: « Vamos, muchacho, ten voluntad »; ó bien: « ¡ Firme, Eduardo Cuttle, firme! » Y esto le servía de gran recurso para vencer la dificultad. A pesar de todos los inconvenientes, el capitán leyó con fe sincera su rezo hasta la última línea. Luego pensó que ya era hora de acostarse, y después de subir hasta la puerta del gabinete de Florencia, por si ocurría algo, se recogió definitivamente en su dormitorio, bajo el mostrador, con el corazón muy tranquilo y el rostro muy sereno.

El capitán se levantó diversas veces durante la noche para persuadirse de que no ocurría novedad á su protegida. Una de estas veces, al amanecer ya, Florencia, que se había despertado, oyó los pasos del capitán y preguntó en voz alta si era él en efecto.

— Sí, mi lady joven, soy yo — contestó el capitán procurando hablar bajo, aunque sin lograrlo. — ¿ Va bien?

Florencia le contestó que sí y le dió gracias.

No era posible que dejara escapar el capitán aquella ocasión tan favorable para su acostumbrada frase: « ¡ Pobre Wálter! Ahogado, ¿ no es verdad? » Esto dijo acercando la boca á la cerradura, al ojo de la llave, y retirándose otra vez á su camastro donde durmió hasta que dió el reloj las siete.

Durante todo el día conservó aquella apariencia de irresolución y de embarazo. Florencia, al contrario, parecía mucho más serena que el día pasado y se ocupó en sus labores sentada en la salita comedor; de cuando en cuando levantaba la vista y se fijaba en el capitán, que la estaba mirando y se rascaba la barbilla con aire pensativo. En algún momento acercó el capitán su silla á Florencia como si fuera á decirle alguna cosa sumamente confidencial; pero en seguida levaba anclas como si no supiera dónde quedarse quieto. De esta manera estuvo el capitán toda la tarde, de acá para allá, por el cuarto, llevando su nave de una pared á otra, de una puerta á otra puerta, como si estuviera corriendo un temporal en mares encrespados.

Por último, al oscurecer, el capitán echó sólida- mente el ancla al lado de Florencia y se puso á hablar con animación. Luego, cuando la claridad de la lumbre reflejó en las paredes y el techo, en la bandeja, la cafetera, las tazas y platillos puestos encima de la mesa, cuando la claridad se reflejó también en el rostro apacible que tornaba hacia la lumbre los ojos henchidos de lágrimas, el capitán guardó silencio y, después de un largo rato, de pronto dijo:

— ¿ No ha viajado usted nunca por mar?

— No, señor — contestó Florencia.

— ¡ Ah! Es un elemento omnipotente — dijo el capitán de una manera respetuosa; — en el mar

tecen cosas maravillosas. Piense usted lo que son los vientos irritados y las olas rugientes. Piense usted lo que son las noches tempestuosas, tan oscuras — añadió el capitán alzando con solemne ademán su mano de madera, — tan negras, que no se ve la propia mano como no sea gracias á un relámpago... Y el vendaval, que arrastra y lleva, lleva sin cesar tenebrosamente hasta los confines del mundo, por siempre, jamás, amén. Cuando encuentre usted esto, tome nota. En tales momentos, hija mía, es cuando un hombre puede decir á su camarada (después de hojear la Biblia): « Furioso noroeste amaga, William; ¿no lo oyes ya rodar? ¡Dios los asista! Compasión merecen los que ahora se encuentren en la costa. »

Con expresiva voz dijo el capitán esta cita, particularmente aplicable á los terrores del Océano, añadiendo después enérgicamente: « ¡Firme! »

— ¿Ha pasado usted alguna de esas tormentas? — preguntó Florencia.

— Sí, mi lady joven, he tenido mi parte de mal tiempo — dijo el capitán pasándose nerviosamente el pañuelo por la cabeza; — ya sé bien lo que es esto; pero... pero no me refiero á mí mismo ahora. Nuestro querido muchacho Wálter, hija mía, el ahogado...

De tal manera temblaba la voz del capitán al decir ésto, tan pálido y agitado estaba, que Florencia le cogió de la mano asustada.

— ¡Se pone usted malo! — exclamó Florencia. — ¿Qué tiene usted? ¡Dios mio! Capitán Cuttle, me asusta verle de este modo...

— No es nada, hija mía — repuso el capitán sosteniendo con el brazo á Florencia. — ¡Firme! No pasa nada malo; no, no. Pues bien; como decía, Wálter el... el que se ha ahogado, ¿no es verdad?

Florencia se quedó mirando al capitán fijamente, palideció á su vez y se llevó la mano al corazón.

— Hay peligros y riesgos en el mar, querida mía — dijo el capitán. — Más de un valiente barco, más de un robusto corazón, han quedado cubiertos por las olas sin que jamás el agua contara á nadie su secreto. Pero también hay quien se escapa del profundo; alguno hay que se salva — ¡oh! uno entre ciento, — que por la misericordia de Dios vuelve á su hogar cuando se le creía muerto. Yo... yo conozco un caso, delicias del corazón — dijo el capitán emocionado, — un caso que me contaron una vez. Y puesto que hablamos ahora de esto aquí, al amor de la lumbre, voy á referirselo, si usted quiere, hija mía.

Florencia, presa de incomprensible agitación y temblando, siguió con su mirada la del capitán dirigida maquinalmente hacia la tienda. Pero el capitán notó la mirada de Florencia y, poniéndose al instante de pie, se colocó como pantalla delante de la joven, diciéndola:

— No mire usted hacia ese lado, hija mía; no hay nada que ver, no mire usted.

— ¿Por qué no? — preguntó Florencia.

Murmuró el capitán que era triste aquel lado; que mucho más alegre era mirar la lumbre. Con esto cerró la puerta que separaba el comedorcito de la tienda y volvió á sentarse. Florencia siguió mirándole fijamente.

— Mi relato, querida mía, se refiere á un barco — dijo el capitán comenzando su narración — que se dió á la vela desde Londres con buen tiempo y viento favorable. Iba fletado para... no se deje usted abatir, mi lady joven... para fuera, mi lady joven, para fuera.

La expresión del rostro de Florencia alarmó al capitán; él también estaba muy sofocado y confundido.

— ¿Sigo, hija mía? — preguntó el capitán.

— Sí, señor; sí, señor — exclamó Florencia.

El capitán hizo esfuerzo como si se le atragantara alguna cosa impidiéndole hablar y luego, nerviosamente, continuó:

« Sucedió que aquel infortunado barco fué sorprendido por un terrible temporal tan espantoso, que no se había visto otro semejante en veinte años; un huracán capaz de arrancar montes enteros y de arrasar ciudades; no hay barco que pueda resistir semejantes trombas. Día tras día luchó la nave contra el tiempo; fué valiente, hija mía; pero un golpe de mar rompió el casco, hizo pedazos el timón, echó abajo los palos, y entonces, á merced de los vientos cada vez más desencadenados y terribles, fué hundiéndose la nave hasta que, pasando las olas por encima, acabaron de quebrantarla como una cáscara de nuez. Cada punto negro en cada montaña de agua era un resto del barco ó el cuerpo de un náufrago; nunca crecerá el césped encima de la tumba de aquellos pobres tripulantes. »

— No perecieron todos — exclamó Florencia. — Algunos se salvaron... ¡uno al menos!

— A bordo de aquel infortunado barco — añadió el capitán poniéndose otra vez de pie y moviendo la mano con poderosa exaltación — iba un joven, un excelente joven — según he oído, — que de niño se había complacido en leer historias de actos heroicos en naufragios, recordándolas á cada instante. Yo se las he oído... En la hora de peligro se acordó de ellas, y mientras los más bravos corazones y las más

vigorosas manos quedaban abatidos, él permanecía firme y animoso. Y no era que dejara de tener en tierra seres queridos cuyo recuerdo pudiera turbarle el ánimo, es que era natural en él aquella enérgica bravura. Ya conocí yo su valor en su cara, mucho tiempo antes, cuando no pensaba sino en su gallardía... ¡bendito sea!

— ¿Y se salvó? — exclamó Florencia.

— Y aquel bravo muchacho... — dijo el capitán — Míreme usted á mi, no mire en derredor...

— ¿Por qué? — volvió á decir Florencia con voz apenas perceptible.

— Porque no hay nada que ver, hija mía; no amaine usted; no lo haga, por Wálter, á quien tanto queríamos todos. Aquel muchacho — prosiguió el capitán — después de trabajar con los más animosos, de inspirar valor á los débiles, hasta el extremo de parecer como el primero, como el gran almirante, aquel muchacho, el segundo piloto y un marinero, fueron los únicos que se salvaron del naufragio, cogidos á unas tablas y sacudidos por el oleaje furioso.

— ¿Se salvaron? — exclamó Florencia.

— Durante días y noches se sostuvieron en aquel estado, sobre el inconmensurable mar, hasta que... No mire usted atrás... hasta que, por la gracia de Dios, se acercó un barco y recogió á dos de aquellos náufragos, pues el tercero había muerto.

— ¿Quién era el muerto? — preguntó asustada Florencia.

— No era el muchacho de que hablo — contestó el capitán.

— ¡Gracias al cielo! ¡Oh, gracias!

— Amén — añadió el capitán vivamente. — No amaine usted. Un minuto más, mi lady joven. Tenga

usted ánimo. Á bordo de aquel barco hicieron un larguísimo viaje, cruzaron todo el mapa (pues no tenía que detenerse en aquellos parajes) y durante el viaje, el marinero salvado con el joven murió. El joven se salvó, y...

El capitán, sin darse cuenta de lo que hacía, había cortado una rebanada de pan, clavándola en el garfio de su mano postiza (modo habitual suyo para tostar) y poniéndolo así á la lumbre. Atento á Florencia, á la gran emoción que la joven revelaba, se olvidó del pan, de modo que éste se quemó y ardió lo mismo que un pedazo de yesca.

— Se salvó — dijo Florencia, — y...

— Y tornó á su hogar — prosiguió el capitán mirando siempre en la misma dirección, — y... no tema usted nada, hija mía... y una mañana se acercó, tomando muchas precauciones, á la puerta de su morada para observar lo que pasaba, pues comprendía que sus amigos le tendrían por muerto; pero se retiró corriendo al oír inesperadamente...

— Al oír inesperadamente el ladrido de un perro — exclamó Florencia.

— Si — gritó el capitán. — ¡Firme, hija mía, valor! No mire usted atrás, mire á la pared...

En la pared se destacaba la sombra de un hombre. Sobresáltase Florencia, vuelve la cabeza y lanza un grito: Wálter Gay se encuentra detrás de ella.

Es un hermano, un hermano rescatado de la tumba, un hermano que se ha salvado del naufragio; Florencia se precipita á sus brazos. Wálter significaba para ella la única esperanza en el mundo, su consuelo y refugio, su natural protector. «Yo quería á Wálter». Aquel recuerdo de la voz moribunda, de aquella voz amada que había pronunciado estas inolvidables pa-

labras, resonó en su alma como una música en la noche. «¡Oh! bienvenido al hogar, Wálter; bienvenido para este corazón quebrantado». Tales eran los pensamientos de Florencia, ya que no sus palabras, pues no podía pronunciar ninguna dominada por la emoción y al abrazar á Wálter.

El capitán Cuttle, trastornado por la alegría, se pasó por la cabeza el pan tostado de su mano, como si tratara de un pañuelo, y luego metió la rebanada en el sombrero y se lo puso, no sin dificultad, entonando una estrofa de su «Adorable Margarita» mientras salía á la tienda. Volvió precipitadamente, muy colorado, sudoso, arrugado el cuello de la camisa, y diciendo:

— Wálter, muchacho, aquí tienes un regalito que te quiero hacer conjuntamente.

Y el capitán sacó de sus bolsillos el reloj, las cucharillas de café, las tenacillas del azúcar y la cajita de hoja de lata, echándolo todo encima de la mesa. Luego barrió aquellos objetos con su grande mano, recogiólos en el sombrero de Wálter. Pero al presentar á Wálter tan excepcional canastilla, se sintió presa de una emoción, de tal manera intensa, que de nuevo se retiró á la tienda, donde permaneció mucho más largo rato que lo estuvo en su retiro precedente.

Wálter salió en su busca y lo trajo de nuevo al comedor; pero entonces asaltó al capitán otro temor, el de que se afectara excesivamente Florencia si se hablaba de las aventuras de Wálter. Así, prohibió tratar este asunto hasta que pasaran unos días, y para dar ejemplo se dominó él mismo hasta el punto de enterarse de que tenía una rebanada de pan dentro del sombrero y de que era necesario tomar te. Pero

también entonces, al sentir que Wálter le ponía la mano en el hombro, y al ver que Florencia lloraba tiernamente, el capitán se salió á la tienda otra vez y allí se estuvo durante diez largos minutos.

En toda su vida había tenido el capitán la cara más brillante que al sentarse ya definitivamente á la mesa para tomar el te, y al pasar su mirada de Wálter á Florencia y de Florencia á Wálter. Y no era este brillo el efecto de haberse restregado aquella noche tantas veces la cara con la manga de la casaca; era que su emoción y su júbilo radiaban en su rostro lo mismo que una iluminación maravillosa.

La alegría con que el capitán contemplaba la bronceada faz de su valeroso muchacho; el contento con que leía en sus ojos el mismo fervor generoso de otros tiempos; el placer que experimentaba al ver de nuevo aquellos modales serenos y afectuosos, habían transformado la fisonomía del capitán. La admiración y simpatía con que dirigía sus ojos á Florencia, haciéndose cargo de su belleza, gracia é inocencia, daban un claro testimonio de que tan altas cualidades tenían en él su campeón más decidido. Por último, al ver en aquellos instantes juntos á ambos jóvenes, centelleaban en su cabeza ideas de felicidad vagamente formadas.

Mucho hablaron del viejo tío Sol, recordando el capitán Cuttle hasta las más pequeñas circunstancias que á la desaparición acompañaron. Aquella ausencia, y los infortunios de Florencia, aminoraron mucho la satisfacción de los reunidos. Restituyeron la libertad á Diógenes, que el capitán había recluido en el piso alto para que no ladrara al entrar Wálter. A todo ésto, el capitán Cuttle experimentaba de cuando en cuando ataques de emoción tan viva, que se veía obli-

gado á levantarse y esconderse por unos cuantos minutos en la tienda. No hubiera creído, aunque alguien se lo hubiese afirmado, la verdad de lo que acontecía á Wálter, y era que, á pesar de encontrarse tan cerca de Florencia, se consideraba aún más separado de ella que hallándose en el mar; era que no podía cruzar su mirada con la de Florencia en cuyos ojos se leía el cariño de hermana. No, no lo hubiera creído el capitán; aquello hubiera sido como si le dijeran que Wálter no estaba allí sentado. Él los veía, á los dos jóvenes, y acordándose de los hechos pasados, de la infancia de ambos, sentíase tan lleno de admiración y de gratitud, que no cabía en su casaca azul á pesar de no estarle ésta precisamente estrecha.

Así permanecieron hablando hasta muy tarde. El capitán hubiera continuado de esta manera una semana. Pero, al fin, se puso de pie Wálter despidiéndose.

— ¿Se marcha, Wálter? — dijo Florencia. — ¿A dónde?

— Por ahora ha colgado su hamaca en casa de Brogley, al alcance de la voz — contestó el capitán.

— ¡Y yo soy causa de que se vaya usted, Wálter! — dijo Florencia. — Deja usted su sitio á una hermana desamparada...

— Querida miss Dombey — replicó Wálter con alguna vacilación, — si me es lícito llamarla así...

— ¡Wálter! — exclamó Florencia sorprendida de aquella indecisión.

— Si algo fuera capaz de aumentar la dicha que tengo al ver á usted y hablarla, sería esto de creer que puedo emplearme en su servicio. ¿Qué no haría yo por consideración á usted?

Florencia sonrió y le llamó hermano.

— ¡Está usted tan cambiada! — dijo Wálter.

— ¡Cambiada! — interrumpió Florencia.

— Para mí — dijo Wálter como si se hablase á sí mismo; — cambiada para mí. La dejé niña, y la encuentro tan diferente...

— Pero hermana suya, Wálter. No habrá olvidado usted lo que nos prometimos al marcharse.

— ¡Olvidado! — contestó Wálter.

— Y si los sufrimientos y los peligros por que usted ha pasado se lo hubieran hecho olvidar (que no se lo han hecho), ahora, cuando me veo pobre y abandonada, ahora se acordaría usted, ahora comprendería usted que no tengo más hogar que éste, ni más amigos que ustedes dos, que me están escuchando.

— Sí, me acuerdo, Dios me sea testigo; sí, me acuerdo — contestó Wálter.

— ¡Oh, Wálter! — exclamó Florencia al través de sus sollozos y sus lágrimas. — Querido hermano... Sea usted mi guía en el mundo, señáleme el humilde sendero por donde pueda caminar sola y sin apoyo; sea usted mi protector y auxilieme como un hermano. Sí, Wálter, hágalo usted así, porque estoy muy necesitada de ello...

— ¡Miss Dombey! ¡Florencia! Por proteger á usted daría mi vida. Pero la familia de usted es rica. Su padre...

— No, no, Wálter — dijo Florencia retrocediendo, llevándose las manos á la cabeza, trasfigurada con expresión de terror. — No pronuncie usted ese nombre.

Nunca, á partir de aquel momento, pudo olvidar Wálter la voz y la mirada con que Florencia detuvo en sus labios aquel nombre. Aunque hubiera vivido Wálter cien años, nunca lo hubiera olvidado.

Ir á alguna parte, á cualquier parte, excepto á su casa. Todo cuanto había pasado, todo cuanto estaba perdido, eran causa de que el corazón de Florencia se hubiera quebrantado. Aquella voz y aquella mirada fueron para Wálter la revelación del sufrimiento; comprendió que no se le olvidarían jamás, y nunca jamás se le olvidaron.

Apoyó Florencia su mejilla en el hombro del capitán y refirió cómo y por qué se había marchado de su casa. Al oír el relato, Wálter comprendió con terror que cada una de aquellas lágrimas era una terrible inculpación para aquel padre no nombrado; inculpación que le privaba para siempre de un amor grandioso y extremado.

— Animo, hija mía — dijo el capitán cuando Florencia concluyó su relato, escuchado por él con la boca abierta y el sombrero puesto de través en la cabeza. — Animo. Y, tú Wálter, vete por esta noche y déjame la guarda de nuestra encantadora Florencia.

Wálter besó la mano de Florencia. Ahora ya sabía que era una desventurada fugitiva, por esto mismo de más valor para él que si estuviera en la cima de la riqueza; pero más lejos aún de él, más lejos que lo había estado en sus ensueños de adolescente.

El capitán Cuttle, sin inquietudes de este género, muy satisfecho acompañó á Florencia hasta dejarla recogida en su cuarto. Luego volvió á subir una vez, varias veces, hasta el umbral de aquella puerta encantada — bien encantada para él — hasta que suficientemente tranquilo, respecto á Florencia, se retiró á su camastro bajo el mostrador. Ya había dejado su reloj de bolsillo encima de la mesa para empezar á desnudarse, cuando se le ocurrió subir de nuevo, co-

rriendo hasta la puerta de Florencia, y gritar por el ojo de la cerradura: « Ahogado, ¿no es verdad? » Y después, bajando la escalera, quiso entonar de nuevo su balada de la « Adorable Margarita ». Pero no pudo sacar la voz de su garganta. Y así, resueltamente se acostó. Y aquella noche tuvo una pesadilla inquietante; soñó que el viejo Sol Gills se había casado con *místress Mac-Stinger* y que aquella mujer le tenía encerrado secretamente en un cuarto sometido á escasisima ración de vituallas.

CAPÍTULO L

LAMENTACIONES DE MÍSTER TOOTS

En el piso alto de la casa del guardia marina de madera había un cuarto inhabitado que en otros tiempos fué cuarto de dormir de Wálter. La mañana siguiente á los acontecimientos que acabamos de referir, Wálter despertó al capitán muy temprano y le propuso arreglar aquella habitación inhabitada, poniendo en ella algunos muebles, los más adecuados que se pudieran subir del comedor, de modo que resultase un gabinetito para uso de Florencia. Como no había nada más agradable para el capitán Cuttle que sofocarse y agotar sus fuerzas con un motivo tan plausible, en un par de horas hizo el necesario transbordo, dejando convertido el desván en un camarote bastante confortable. La fragata *Tártara* presidia la instalación desde la pared, colgada encima de la chimenea; y tan encantado quedó el capitán Cuttle, que durante media hora no hizo otra cosa que contemplar su obra, admirado.

En vano trató Wálter de persuadir al capitán á que se guardara su reloj, ni á que recogiese la caja de hoja de lata, ni á que pusiera mano en las tenacillas del azúcar ó en las cucharillas de te. « No, no, mu-